

Los Hallazgos de Mamíferos Fósiles Durante el Período Colonial en el Actual Territorio de la Argentina

Ricardo C. PASQUALI ¹ y Eduardo P. TONNI ²

¹ Departamento de Tecnología Farmacéutica, Facultad de Farmacia y Bioquímica, Junín 956, 6° piso (1113)-Buenos Aires, Argentina, rcpasquali@yahoo.com

² División Paleontología Vertebrados, Museo de La Plata, Paseo del Bosque, 1900-La Plata, Argentina. CIC-PBA. eptonni@fcnym.unlp.edu.ar

Abstract.- *THE DISCOVERIES OF FOSSIL MAMMALS DURING THE COLONIAL PERIOD IN THE PRESENT TERRITORY OF ARGENTINA . -. A review of the discoveries of fossil vertebrates in the colonial period and their historical context, is carried out in this paper. The discoveries of great size fossil vertebrates during this period, were awarded to an old race of giant humans. An alternative hypothesis, attributed the presence from these enormous bony remains to the capacity that possess certain terrains of "to increase the bones excessively." The Jesuit Thomas Falkner discovers in 1760 the first remains of a glyptodont. An interesting progress in the interpretation of this type of remains was the correct identification carried out for academic of the Real Academia de la Historia of Spain of a supposed "burial of rational with a giant stature" discovered in Arrecifes in 1766. The most significant discovery during the colonial period is that of the skeleton of Megatherium americanum (Luján, 1787); it was described by Georges Cuvier, being based on a notable unpublished study of the Spanish naturalist Juan Bautista Brú de Ramón.*

Key words: Argentina, fossil mammals, colonial period, glyptodonts, Megatherium

Resumen.- *Se realiza una reseña de los hallazgos de vertebrados fósiles en el período colonial y su contexto histórico. Los hallazgos de vertebrados fósiles de gran tamaño durante este período fueron adjudicados a una antigua raza de humanos gigantes. Una hipótesis alternativa, atribuyó la presencia de estos enormes restos óseos a la capacidad que poseen ciertos terrenos de "acrecer excesivamente los huesos". El jesuita Thomas Falkner descubre en 1760 los primeros restos de un gliptodonte. Un interesante progreso en la interpretación de este tipo de restos fue la correcta identificación realizada por académicos de la Real Academia de la Historia de España de un supuesto "sepulcro de racionales con una estatura gigante" descubierto en Arrecifes en 1766. El hallazgo más significativo durante el período colonial es el del esqueleto de Megatherium americanum hallado en Luján en 1787; fue descrito por Georges Cuvier, basándose en un notable estudio inédito del español Juan Bautista Brú de Ramón.*

Palabras clave: Argentina, Mamíferos fósiles, período colonial, gliptodontes, Megatherium.

Introducción

La existencia de gigantes humanos está profundamente enraizada en la mitología de los distintos pueblos de la Tierra (Díaz del Castillo, 1977: 68), así como en los relatos bíblicos (Génesis 6:4; Números 13:33; Deuteronomio 2:11, 2:20-21, 3:11, 3:13; 1° de Samuel 17:4-7; 2° de Samuel 21: 16-22; 1° de Crónicas 20: 4-8) y de la antigüedad greco-romana (Cañete y Domínguez, 1952: 257-258), sin olvidar, en épocas recientes, su vinculación con civilizaciones extraterrestres (véase el análisis de Schobinger, 1982). No puede resultar extraño entonces que en el siglo XVII, o aún en los comienzos del XIX, cuando la Paleontología era una disciplina incipiente, los hallazgos de grandes huesos fosilizados fuesen vinculados con estas "razas" de gigantes. Era lo que indicaba el "sentido común" de las personas cultas de ese tiempo y en ese contexto debe ubicarse lo que sigue, poniendo en valor las explicaciones que trataban de desechar los viejos conceptos.

Los "gigantes" del Virreinato

Entre los primeros restos de mamíferos fósiles descubiertos en lo que más tarde sería el Virreinato del Río de la Plata se encuentran aquéllos que habían sido atribuidos a una raza de humanos gigantes. Así, en la segunda mitad del siglo XVI, fray Reginaldo de Lizárraga (1539 ó 1540-1609) decía, al referirse al valle de Tarija: "Hállanse en este valle a la ribera y barrancas del río sepulturas de gigantes, muchos huesos, cabezas y muelas, que si no se ve, no se puede creer cuán grandes eran; cómo se acabasen ignórase, porque como estos indios no tengan escrituras, la memoria de cosas raras y notables fácilmente se pierde.

Certifícame este religioso nuestro [se refiere a fray Francisco Sedeño] haber visto una cabeza en el cóncavo de la cual cabía una espada mayor de la marca, desde la guarnición a la punta, que por lo menos era mayor que una adarga; y no es dificultoso de creer, porque siendo yo estudiante de Teología en nuestro convento de Los Reyes, el gobernador Castro envió al padre prior fray Antonio de Ervias, que nos la leía, y después fue obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme, que actualmente estaba leyendo, una muela de un gigante que le habían enviado desde la ciudad de Córdoba del reino de Tucumán, de la cual diremos en su lugar, y un artejo de un dedo, el de en medio de los tres que en cada dedo tenemos, y acabada la lección nos pusimos a ver qué tan grande sería la cabeza donde había de haber tantas muelas, tantos colmillos y dientes, y la quijada cuán grande, y la figuramos como una grande adarga, y a proporción con el artejo figuramos la mano, y parecía cosa increíble, con ser demostración; oí decir más a este nuestro religioso, que las muelas y dientes estaban de tal manera duros, que se sacaba dellas lumbre como de pedernal” (Lizárraga, 1916a: 283-284).

Lizárraga también se refiere al hallazgo de “sepulturas de gigantes” en Córdoba: “La cibdad de Córdoba es fértil de todas fructas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados, y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada a la cordillera; danse viñas, junto al pueblo, a la ribera del río, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados comichingones se acabasen de quietar, se poblaría más. Tres leguas de la cibdad, el río abajo, en la barranca dél, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija” (Lizárraga, 1916b: 237-238).

Otro hallazgo de restos de supuestos gigantes había realizado Esteban Álvarez del Fierro, capitán de la fragata de guerra española “Nuestra Señora del Carmen”, la que estaba anclada en el puerto de Buenos Aires y próxima a partir de regreso a España. Álvarez del Fierro se presentó en 1766 con un escrito ante el Alcalde de Buenos Aires, Juan de Lezica y Torrezi (1709-1783), expresándole que en Arrecifes se encuentran unos “sepulcros de racionales con una estatura gigante”. En ese escrito, del Fierro solicitaba el envío de varias personas entendidas con el fin de que reuniesen ese material. En el mismo escrito, Álvarez del Fierro expresa su interpretación de estos hallazgos: “...siendo estos monumentos un testimonio auténtico y demostrable de que en la antigüedad hubo en esta región americana, sea antes ó pos del diluvio racionales gigantes que están negados por varios historiadores y críticos de la historia sagrada y profana, suscitándose de esto varios puntos controvertibles con perjuicio de la veracidad de la sagrada historia y de los autores fidedignos que con tanto acierto han escrito la profana, y lo que mas es, el que la secta de los materialistas llega á negar varios puntos en dogma de fé sobre la estatura gigantea que nos espresa la Sagrada Escritura...” (véase Gutiérrez, 1866: 106-108).

Poco después arribaron a Arrecifes los enviados del Alcalde y procedieron a extraer los restos óseos de dos sitios con “sepulcros o sepulturas”: uno que se encontraba en la estancia de Luna, a orillas del arroyo del mismo nombre, actual límite entre los partidos de Arrecifes y Capitán Sarmiento, y el otro en la estancia de Peñalva, en el río Arrecifes.

Los huesos fueron llevados a Buenos Aires para embarcarlos con destino a España. Previamente fueron examinados por tres cirujanos: Matías Grimau, Juan Parán y Ángel Casteli, quienes deberían decir ante escribano público si eran o no de persona humana, según su saber y entender. Sólo uno de ellos, Grimau, opinó bajo juramento que los restos eran humanos, ya que “no se halla en los brutos semejante figura y deformidad agigantada y según tradición de los antiguos, ha oído decir con el motivo de haberse hallado estos huesos, de que había unos hombres muy altos y corpulentos, por lo que no estraña sean los referidos huesos de estos hombres...” (Gutiérrez, 1866: 113).

Una vez en España, los académicos de la Real Academia de la Historia dictaminaron que los huesos no “perteneían a la especie humana, conjeturando que más bién parecían ser de algún Quadrúpedo, y acaso de la casta del Elefante” (citado por Cabrera, 1930: 64). El dictamen de los académicos españoles no era erróneo, ya que los restos en cuestión perteneían a mastodontes, parientes extintos de los elefantes cuyos enormes molares semejan someramente a los humanos.

En el capítulo III, De los Gigantes y Pigmeos, de su obra *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, el jesuita José Guevara (1719-1806), hace referencia a los fósiles descubiertos a orillas del río Carcarañá, en la provincia de Santa Fe, de la siguiente forma: “Sin embargo ocurren algunas cosas dignas de particular relación. Los gigantes, torres formidables de carne, que en sólo el nombre llevan el espanto y asombro de las gentes, provocan ante todas cosas nuestra atención. No se hallan al presente, pero antiguos vestigios, que de tiempo en tiempo se descubren sobre el Carcarañá, y otras partes, evidencian, que lo hubo en tiempo pasado. Algunos, convencidos con las reliquias de estos monstruos de la humana naturaleza, no se atreven a negar claramente la verdad, pero retraen su existencia al tiempo antediluviano. Yo no me empeñaré en probar que los hubo antes del diluvio, pero es muy verosímil que después de él poblasen el Carcarañá, y que en sus inmediaciones y barrancas tuviesen el lugar de su sepultura.

Lo cierto es que de este sitio se sacan muchos vestigios de cráneos, muelas y canillas, que desentieran las avenidas, y se descubren fortuitamente. Hacía el año de 1740 vi una muela grande como un puño casi del todo petrificada, conforme en la exterior contextura a las muelas humanas, y sólo diferente en la magnitud y corpulencia. El año de 1755 don Ventura Chavarría mostró en el colegio seminario de Nuestra Señora de Monserrat una canilla dividida en dos partes, tan gruesa y larga, que según reglas de buena proporción, ja

la estatura del cuerpo correspondían ocho varas! Como este caballero es curioso y amigos de novedades, ofreció buen premio al que le desenterrase las reliquias de aquel cuerpo agigantado. Puede ser que el estipendio aliente para éste y otros descubrimientos, que proporcionarían al orbe literario novedades para amenizar sus tareas” (Guevara, 1910: 39).

En cuanto al tamaño de estos seres, el Padre Guevara comentaba: “Sobre la estatura de los gigantes es necesario discurrir con alguna variedad. Hay en este gremio unos mayores que otros, como entre los hombres de mediana estatura. Las reliquias que de ellos nos han quedado, arguyen notable variedad de estatura. Que altura tan desmedida no corresponderá a aquel gigante cuyo cráneo se habría en una circunferencia tan dilatada, que metiendo una espada por la cavidad de los ojos apenas alcanzaba al cerebro, como testifica el ya nombrado D. Lorenzo Suárez de Figueroa, testigo ocular de la experiencia. Por la canilla de otro, hecho geoméricamente el cálculo, se infiere una estatura tan elevada, que incado de rodillas en el pretil de la iglesia del Colegio Máximo de Córdoba, alcanzaría a recostarse de codos sobre el umbral de la ventana del coro, que tendrá doce para catorce varas de altura” (citado por Freyre, 1973: 4).

La tierra hace crecer los huesos

Uno de los sitios en los que se realizaron hallazgos de “gigantes” es Tarija, Bolivia. En el periódico *Telégrafo Mercantil Rural, Político, Económico, e Historiografo del Río de la Plata* del 15 de agosto de 1802, bajo el título *Fenómeno*, se da una explicación al tamaño agigantado de los huesos hallados en esa localidad:

“El terreno de la Villa de Tarija, tiene la virtud de acrecentar excesivamente los huesos. Enterrado un cadáver de regular estatura, si se saca después de algún tiempo se encuentran los huesos sumamente crecidos, por lo cual están algunos creídos que en aquella tierra hubo Gigantes y bajo este propio concepto D. Matías Baulen, vecino de dicha Villa, y natural de Canarias, llevó a Lima el año de 1768 un esqueleto en 4 cajones grandes, que le presentó al Exmo. Señor Virrey de aquel Reino D. Manuel de Amat, y obtuvo en premio el Corregimiento del Cuzco. Pero examinados bien por varios facultativos, es visto que tales Gigantes nunca los produjeron estos países, y que la magnitud de los huesos proviene de que aquella tierra tiene la secreta virtud de dilatarlos y engrosarlos hasta aquel grado en que conservan su intrínseca sustancia, pues acabada ésta, como ya no tiene en que obrarla de la tierra, se reducen en polvo. De esta propia especie eran los huesos que trajeron a Buenos Aires de los confines de Luján, los cuales se remitieron a la Corte pocos años, hace y han dado ocasión a que se escriba que las Provincias Argentinas abundaban de Gigantes, y es falso.” (Cabello y Mesa, 1802: 269).

Esta curiosa explicación, que trata de contrarrestar la antigua idea de una raza de gigantes poblando la tierra, tiene un antecedente. En 1787, Pedro Vicente Cañete y Domínguez (fallecido en 1816), un interesante personaje colonial licenciado en teología y abogado, escribe sobre el mismo tema. Dice en la Noticia Quinta de su "Guía histórica, geográfica, física, política, civil y legal del gobierno e intendencia de la provincia del Potosí" que "Debe pues inferirse que agregando a este principio [el jugo lapidífico, responsable del "crecimiento" de los huesos] el movimiento, el calor, una circulación continuada y una especie de fermentación insensible, fueron todas estas causas juntas formando en el decurso de muchos siglos el crecimiento o aquella admirable vegetación de los huesos del gigante de Tarija, pareciendo ahora monstruoso a nuestra vista, un esqueleto que en su principio tal vez sería de un tamaño regular o, aunque extraordinario, no monstruoso" (Cañete y Domínguez, 1952: 259).

Ciertamente, ambas explicaciones son estrictamente similares. O se trata de una notable coincidencia o la nota anónima del "Telégrafo Mercantil" no es más que una repetición algo modificada de la idea de Cañete y Domínguez, sin citar la fuente. Si esto último es correcto representaría un interesante antecedente para esta actual y frecuente "costumbre" periodística.

El primer descubrimiento de un gliptodonte

Entre 1739 y 1779, el médico, naturalista y jesuita inglés Thomas Falkner recorrió la Patagonia y las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Tucumán. En 1760, Falkner realizó a orillas del río Carcarañá, el primer descubrimiento de restos de un gliptodonte. Dice Falkner (1974: 82-83): “En los bordes del río Carcarañá, o Tercero, como a unas tres o cuatro leguas antes de su desagüe en el Paraná, se encuentra gran cantidad de huesos, de tamaño descomunal, y que a lo que parece son humanos: unos hay que son de mayores y otros de menores dimensiones, como si correspondiesen a individuos de diferentes edades. He visto fémures, costillas, esternones y fragmentos de cráneos, como también dientes, y en especial algunos molares que alcanzaban a tres pulgadas de diámetro en la base. He oído decir que se hallan huesos como éstos en las orillas de los ríos Paraná y Paraguay, como lo mismo en el Perú. El historiador indígena Garcilaso de la Vega Inga hace mención de estos huesos en el Perú, y nos cuenta que, según la tradición de los indios, unos gigantes habitaban antiguamente estos países, y que fueron destruidos por Dios por el delito de sodomía”.

“Yo en persona descubrí la coraza de un animal que constaba de unos huesecillos hexágonos, cada uno de ellos del diámetro de una pulgada cuando menos; y la concha entera tenía más de tres yardas de una punta a la otra. En todo sentido, no siendo por su tamaño, parecía como si fuese la parte superior de la armadura de un armadillo; que en la actualidad no mide mucho más que un jeme de largo. Algunos de mis compañeros también hallaron en las inmediaciones del río Paraná el esqueleto entero de un yacaré monstruoso: algunas de las vértebras las alcancé a ver yo, y cada una de sus articulaciones era de casi cuatro pulgadas de grueso y como de seis de ancho. A hacer el examen anatómico de los huesos me convencí, casi fuera de toda duda, que este incremento inusitado no procedía de la acreción de materias extrañas, porque encontré que las fibras óseas aumentaban en tamaño en la misma proporción que los huesos. Las bases de los dientes estaban enteras, aunque las raíces habían desaparecido y se parecían en un todo a las bases de la dentadura humana, y no de otro animal cualquiera que haya yo jamás visto. Estas cosas son bien sabidas y conocidas por todos los que viven en estos países; de lo contrario, no me hubiese yo atrevido a mencionarlas.”

La primera descripción formal de un gliptodonte se realizó recién en 1838, cuando el naturalista inglés Sir Richard Owen, basándose en un espécimen hallado en el río Matanza --actual partido de Cañuelas, provincia de Buenos Aires--, fundó el género *Glyptodon* (al que a juzgar por la descripción, pertenecía la coraza descrita por Falkner) y la especie *Glyptodon clavipes* (Owen, 1838: 178).

El megaterio de Luján

En 1787, el fraile dominico Manuel de Torres desenterró de las barrancas del río Luján, cerca de la villa del mismo nombre, los restos óseos de un gigantesco mamífero, que posteriormente recibió el nombre de *Megatherium*.

Las tareas de extracción de este fósil fueron muy lentas debido a que Torres no permanecía constantemente en Luján (debía atender su ministerio en el Convento de Buenos Aires) y a su preocupación científica por documentar las condiciones del hallazgo. Así, en una carta que dirigió al virrey Nicolás Francisco Cristóbal del Campo, Marqués de Loreto (década de 1740-1803), el 29 de abril de 1787, unos dos meses después de que iniciara la excavación, Torres le pidió un dibujante “para que lo extraiga al papel; porque de otro modo, pienso se malogrará todo el trabajo, y V.E. se privará del gusto de ver una cosa muy particular; respecto a estar sumamente tiernos los huesos, y el sol no calentar nada para que se sequen, porque están en un lugar que vierte agua. Haciendo un mapa o estado de ellos, no dudaré que por él se podrán acomodar después, aunque se quiebren, o cuando menos, saber su figura y magnitud.” Al día siguiente, el virrey le manifiesta su apoyo en una carta, en la que al final dice “aplaudiendo yo entretanto su celo a favor de estos útiles descubrimientos” (Trelles, 1882: 444).

Ese mismo día, el virrey designó al Teniente del Real Cuerpo de Artillería Francisco Javier Pizarro como la persona indicada para proceder “a sacar puntual dibujo antes que se mueva, y arriesgue la dislocación o fractura de sus partes, sacando también sus dimensiones en detalle” (Trelles, 1882: 445-446).

Pero entre Pizarro y Torres se había producido un rozamiento. En una carta que envió al virrey el 9 de mayo de 1787, el sacerdote decía “Pero V.E. mejor que nadie sabe la injusticia con que este hombre me calumnia ... lo que ha llenado las medidas del sentimiento, es haberme imputado el crimen de embustero... Cuanto he dicho a V.E. es tan cierto como lo más, que hombre ha dicho en este mundo. No quiero que se den crédito a mis palabras, si no a las obras, con que lo haré ver en breves días.” Al día siguiente, apurado en probar al virrey la veracidad de su descubrimiento, Torres comenzaba a recoger los huesos. El 27 de junio, Torres anunciaba al virrey por carta que había encontrado media cadera.

Arribados los huesos a Buenos Aires, se procedió a montarlo por partes con la colaboración de “varias personas inteligentes”. El esqueleto fue enviado a España el 2 de marzo de 1788 en siete cajones, con una extensa nota del virrey (Figura 1) y un dibujo atribuido al general portugués, al servicio de España, Custodio de Saa y Faría, que posiblemente fue una copia de la lámina del Teniente Pizarro.

Fue tal el interés que despertó este enorme esqueleto de cerca de cinco metros de largo, que el rey Carlos III pidió que se “procure por cuantos medios sean posibles averiguar si en el partido de Luján o en otro de los de ese virreinato, se puede conseguir algún animal vivo, aunque sea pequeño... remitiéndolo vivo, si pudiese ser, y en su defecto disecado y relleno de paja...”

El fósil fue llevado al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde se hizo cargo del mismo Juan Bautista Brú de Ramón (1740-1799), “pintor y primer disecador” del Gabinete de Historia Natural de Madrid (citado por López Piñero y Glick, 1993: 56; véase también López Piñero, 1985). Brú limpió los huesos del megaterio y armó el esqueleto en una pose más o menos similar a la que tendría en vida. El esqueleto de este megaterio se conserva actualmente en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

En 1795, Philippe-Rose Roume (1724-1804), oficial de las Indias Occidentales Francesas en Santo Domingo, viajó desde esa isla a Francia pasando por España. En Madrid, Roume pudo obtener las pruebas de impresión de una publicación futura de Brú sobre el fósil de Luján. Roume envió esas pruebas al recientemente fundado Instituto de Francia, del cual era miembro, las que fueron entregadas al naturalista Georges Cuvier (1769-1832).

Cuvier (1796) escribió inmediatamente la que sería la primera de muchas publicaciones sobre vertebrados fósiles, en la que incluyó una mala copia de la figura del esqueleto completo del mamífero fósil que denominó *Megatherium americanum*, atribuyendo erróneamente la localidad de Luján al Paraguay. Cuvier, quien nunca había visto los huesos del megaterio, obtuvo prioridad en la publicación de su descripción. El estudio anatómico, acompañado de excelentes ilustraciones (Figura 2) que había realizado Brú en Madrid en 1793, quedó así prácticamente en el olvido.

El megaterio fue el primer vertebrado fósil montado para fines de exhibición y el primer mamífero fósil del nuevo mundo estudiado y nominado científicamente.

El hallazgo y extracción del esqueleto de *Megatherium* por parte del padre Torres y colaboradores es un hecho significativo en la América colonial. Se concatenaron aquí inquietudes científicas con un singular apoyo por parte de las autoridades, encabezadas por el virrey Marqués de Loreto. Como bien señala Julián Cáceres Freyre (1973), es "Increíble, este celo y celeridad del virrey en acceder a un pedido del día anterior en pro de la ciencia. Ojalá hoy día existiera en nuestra burocracia administrativa, casos similares de rapidez expeditiva y colaboración generosa. Pensar que estamos relatando un acontecimiento de 1787, en plena 'colonia oscurantista'" (Cáceres Freyre, 1973: 15-16).

Agradecimientos. A la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires y Universidad Nacional de la Plata por el apoyo financiero.

Bibliografía

Cabello y Mesa, F. A. (ed.) 1802. Fenómeno. Telégrafo Mercantil Rural, Político, Económico, e Historiográfico del Río de la Plata. Tomo IV, N° 16, 15 de agosto de 1802.

Cabrera, A., 1930. Una revisión de los mastodontes argentinos. Revista del Museo de La Plata 32, tercera serie, tomo 8: 61-144.

Cáceres Freyre, J. 1973. Precursores de la paleontología humana y animal en América del Sur y especialmente en el Río de la Plata. Contribuciones a la historia de la ciencia en la Argentina (de Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología N° 7 pp.367-398), Ministerio de Cultura y Educación, Subsecretaría de Cultura, Buenos Aires, pp.1-32.

Cañete y Domínguez, P. V. 1952. Guía histórica, geográfica, física, política, civil y legal del gobierno e intendencia de la provincia de Potosí. Volumen I, Colección Primera: Los escritores de la Colonia, N° 1, Editorial Potosí, Bolivia, 838 pp.

Cuvier, G., 1796. Notice sur le squelette d'une très-grande espèce de quadrupède inconnue jusqu'à présent, trouvé au Paraguay, et déposé au cabinet d'histoire naturelle de Madrid. - Magasin Encyclopédique, ou Journal des Sciences, des Lettres et des Arts 7: 303-310; Paris.

Díaz del Castillo, B. 1977. La conquista de la Nueva España. Selección de la obra "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España". EUDEBA, Buenos Aires, 201 pp.

Falkner, P. T. 1974. Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur. Segunda edición, Hachette, Buenos Aires, 174 pp.

Guevara, J., 1910. Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. En Angelis, P. de (editor) Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata, 2° edición, Lajouane, Buenos Aires, 542 pp.

Gutiérrez, J. M. 1866. La paleontología en las colonias españolas a mediados del siglo XVIII. La Revista de Buenos Aires XI: 100-114.

Lizárraga, R. de 1916a. Descripción colonial (el título original es "Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile"). Libro primero, Colección Biblioteca Argentina, dirigida por Ricardo Rojas, Buenos Aires, 309 pp (disponible en internet).

Lizárraga, R. de 1916b. Descripción colonial (el título original es "Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile"). Libro segundo, Colección Biblioteca Argentina, dirigida por Ricardo Rojas, Buenos Aires, 239 pp (disponible en internet).

López Piñero, J. M. 1985. Ciencia y arte: Juan Bautista Bru. Investigación y Ciencia 100: 40-46.

López Piñero, J. M. y Glick, T.F., 1993. El megaterio de Brú y el presidente Jefferson. Una relación insospechada en los albores de la paleontología. Universidad de Valencia, CSIC, 168 pp.

Owen, R. 1838. Note on the Glyptodon. In Buenos Aires and the Provinces of the Río de La Plata (Parish, W.; editor), p. 1-178.

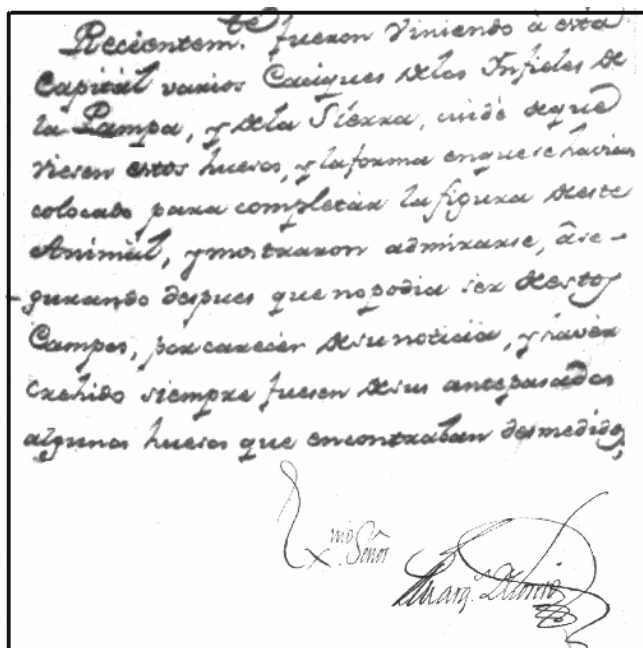
Schobinger, J., 1982. ¿Vikingos o extraterrestres? Ed. CREA, 217 pp. Buenos Aires.

Trelles, M. R. 1882. El padre Fray Manuel de Torres. Revista de la Biblioteca Pública IV: 439-448.

Leyenda de las figuras

Figura 1: fragmento de la carta remitida por el virrey Nicolás Cristóbal del Campo al rey de España, dando cuenta del hallazgo de los restos del megaterio en el río Luján (1788).

Figura 2: el megaterio del río Luján dibujado por Juan Bautista Bru de Ramón (1793)



Recientemente. fueron viniendo a esta
Capital varios Caciques de las Tribus de
la Pampa, y de la Sierrita, uno de ellos
trien estos huesos, y la forma en que se hallan
colocados para completar la figura de este
Animal, y me causaron admiracion, á se-
guando despues que no podia ser de otro
Campo, por causar de su noticia, y haver
creido siempre fueren de un animal
algunos huesos que encontraban de medio,

X. S. M. M.
Juan Bautista Bru de Ramón

Figura 1

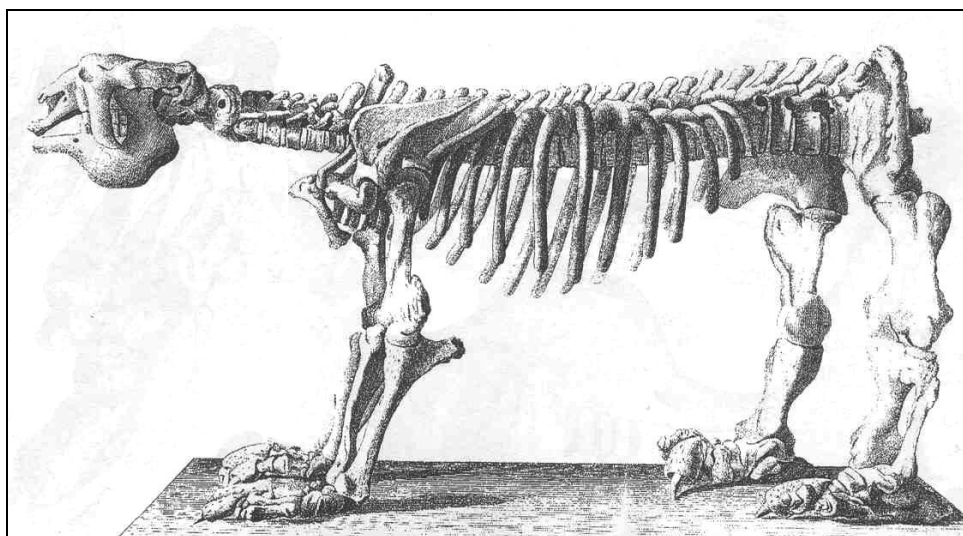


Figura 2